



# TIERRA DE GLACIARES

## ECOS DEL COMIENZO DE TODO...

...CERRAR LOS OJOS E IMAGINAR QUE POR UNOS MOMENTOS, ESTAMOS FRENTE AL ESCENARIO EN QUE SE GENERÓ LA MAYOR GLACIACIÓN DE NUESTRO PLANETA, CUANDO EL HOMBRE AÚN NO PISABA ESTA BENDITA TIERRA Y LA NATURALEZA SE ESCULPÍA EN UN TORBELLINO DE CAMBIOS Y TRANSFORMACIONES ALOCADAS, VERTIGINOSAS E INSOSPECHADAS PARA NUESTRO PENSAMIENTO.

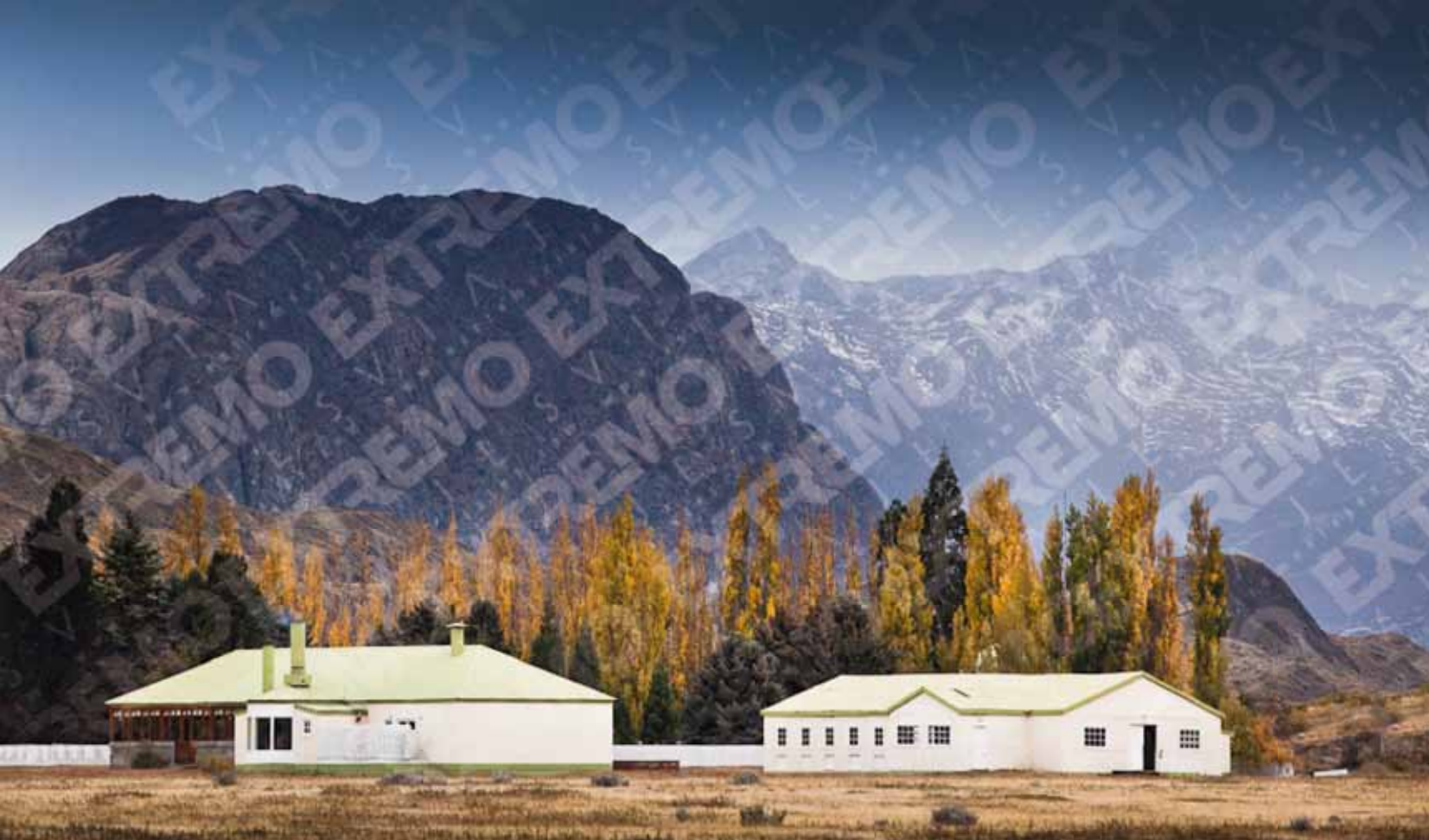
“EL ARADO DE DIOS” ES ASÍ COMO EL SUIZO JEAN LOUIS RODOLPHE AGASSIZ DESCRIBÍA A LOS GLACIARES ALLÁ POR MEDIADOS DEL SIGLO XIX, CON UN PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO QUE ESCANDALIZABA A LA COMUNIDAD CIENTÍFICA DE ENTONCES, SOSTENIENDO QUE ESTAS MASAS HELADAS CON SU MOVIMIENTO EROSIVO FUERON LAS RESPONSABLES DE MODELAR NUESTROS VALLES Y MONTAÑAS ACTUALES.



...ABRO LOS OJOS, Y AÚN ESTOY AQUÍ, FRENTE AL GLACIAR UPSALA, DIEZ MIL AÑOS DESPUÉS DE TERMINADA LA ÚLTIMA GLACIACIÓN. NO ES POSIBLE, PERO ES CIERTO. PARECIERA QUE EN UNOS POCOS MOMENTOS VIVÍ TODO ESE TIEMPO, PERDÍ TODAS LAS DIMENSIONES CONOCIDAS, EL ENTORNO ES CÓMPLICE Y NO HAY VESTIGIOS DE CIVILIZACIÓN HUMANA. ME INVADE UN SENTIMIENTO DE INFINITUD QUE ME HACE DAR CUENTA DE LO INSIGNIFICANTE DE NUESTRO SER DE CARA AL ESPLENDOR DE ESTA CREACIÓN. ME EMPALAGA Y QUIERO VER MÁS, SABER CÓMO Y CUÁNDO TODO ACONTECIÓ...

Por la mañana temprano, una fina garúa acaricia nuestro rostro tenso, expectante pero así mismo deslumbrado con la increíble postal del “lago de los témpanos”, en el Lago Argentino. El agua turquesa mece a la nave suavemente en la escollera del pequeño puerto Bandera. Parece agregada en la ilustración de un libro de cuentos, al que estamos por ingresar por una de sus páginas encantadas.

Una vez embarcados, la imagen del Upsala tomado en una fotografía, allá por 1931, por el Padre D’Agostini, me inquieta y recuerda el avasallador retroceso que viene aconteciendo en muchos de los glaciares andinos, mayoritariamente en los últimos 100 años. Me propongo entonces tomar el mismo punto de enfoque y hacer una comparación con una imagen actual. Salgo a cubierta y el tiempo mejora. El aire helado y húmedo silba a nuestro paso, inquieto ante tan dantesco espectáculo, pero ya no llueve. El sol tímidamente encuentra un hueco e ilumina algún témpano solitario como si estuviera en un escenario. Boreamos la margen derecha de la península Avellaneda y divisamos un grupo de casitas perdidas en la inmensidad, que me hace reflexionar sobre como será con-vivir en medio de tanta belleza... Ingresando en el Brazo Norte, la mayor presencia de témpanos a la deriva nos advierte que nos vamos aproximando, a la distancia. El Upsala deja ver su costado de blanco eterno con pliegues azulinos, realmente un páramo para nuestra vista. Finalmente, el Brazo Cristina nos conduce a la playa de la estancia, donde desembarcamos. Una fina lonja de arena gruesa y canto rodado, simula ser la paleta del artista, que separa los dos verdes naturales, el turquesa de la helada agua del lago y el verde otoñal de la estepa del suelo circundante, coronado con algunos ramilletes de flores silvestres. A lo lejos un pequeño bosque atiborrado de álamos, pinos y ñires, da cobijo al caserío del establecimiento. Estancia Cristina, tierra de anécdotas e historias patagónicas escondidas, de sacrificios y de trabajo con las ovejas, de tristezas y alegrías compartidas por sus pobladores que forjaron el sitio, materializando sus sueños con el sello de su presencia. Los Masters, una familia de inmigrantes de la Gran Bretaña, con espíritu aventurero e inquieto, que encontraron su lugar en el mundo, en estas bellas soledades del sur allá por principios del siglo pasado. Con



el paso del tiempo, muchos exploradores, científicos y cronistas tomaron este establecimiento como base de operaciones para las investigaciones glaciarias de nuestra Patagonia. Recorremos el viejo galpón de esquila, actualmente transformado en museo, que resume la historia de los propietarios en el lugar, arrojando luz sobre la tenacidad de quienes sortearon todos los obstáculos ante tanta carencia y adversidad aunque contradictoriamente ante tan exuberante belleza de la naturaleza. Me detengo ante un viejo aparador de cocina color rojo, casi extravagante, que me infiere a pensar que en un medio carente casi de referentes de civilización, la familia mantiene muy vivas las tradiciones y usanzas de su Europa natal. Las herramientas de esquila aún están allí, imperturbables, fieles testigo del tiempo del “oro blanco” como se llamaba a la lana, por el gran valor del producto. Pareciera que quisieran contarnos sobre las historias que durante un siglo se gestaron en el lugar. Todas las edificaciones poseen la misma huella, producto de la tradición constructiva utilitaria implementada por los inmigrantes ingleses. Este es el común denominador en los establecimientos rurales de la Patagonia de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Tal vez exista



cierta similitud de nuestro sur con la aparente hostilidad del clima y la geografía del Atlántico Norte en Europa, que los lleva a encontrar en la chapa de zinc, un práctico y efectivo material, de fácil montaje, duradero en el tiempo y excelente barrera contra el viento austral. Lo cierto es que muchas de estas construcciones se vendían por catálogo desde la lejana Inglaterra. Afuera de la casa original, se extiende un pintoresco jardín, protegido por varias barreras de álamos, que tamizan exitosamente la ventisca que sopla impetuosa desde la cordillera. Resulta ser que la tierra de estos

valles, bañados por la frescura de los ríos de deshielo, propicia una tierra extremadamente fértil. Lo que impide el crecimiento es el implacable viento que todo lo lleva. Un pequeño galponcito de sillares de piedra y puerta de madera maciza, evidencia tal vez añoranzas del terruño de antaño. Estancia Cristina hoy, vinculada al turismo, mantiene intacto el espíritu intrigante de esta finca de pioneros, y nos abre el camino al fascinante mundo de los bosques, los lagos y los glaciares, que se rinden a nuestro paso desplegando todo su esplendor.

El sol ahora aparece en un cielo más despejado, y refleja su plenitud en las gélidas aguas del río Caterina, rebosante de reflejos hechizantes que nos embriagan de naturaleza y nos invitan a comenzar el serpenteante trayecto hacia el mirador del glaciar Upsala. Antes, el rostro feliz y la sonrisa azarosa de mis hijas, perdidas entre la exuberancia de flores silvestres, o escondidas detrás de la noria, nos convence de que el esfuerzo de esta fascinante aventura ya había cumplido con su cometido. Después del almuerzo, Leonardo, el guía de la excursión en 4x4, nos invita a transitar el intrigante recorrido ascendente. A bordo de Dodge Ram de Estancia Cristina, me ubico en la cabina delantera junto a nuestro guía de la recorrida y trekking al glaciar. Cargo mi cuaderno de notas y



mi cámara y nos disponemos a recorrer un imponente escenario natural milenario de 9 km a través de bosques de la montaña. Leonardo comienza a contarme la historia del lugar, comentando que alrededor de 1890 un viajero y cronista inglés llamado Heskett Britkard, auspiciado por un diario británico (cuyo director era de apellido Pearson) inicia una expedición buscando restos del “Milodón” (animal prehistórico ya extinguido del que fueron encontrados restos en Torres del Paine en Chile, y alimentan sus expectativas de encontrar alguno vivo por estos lares).

A su paso bautiza un pequeño lago de mon-



taña, el "Pearson" en homenaje a su mecenas, el director del diario que lo auspiciaba, nombre que conserva en la actualidad. Más adelante se instala la familia Master, que da origen a la Estancia Cristina, que se dedica a la explotación ovina. Luego en las primeras décadas del siglo XX, por un convenio con la Universidad de Uppsala, en Suecia, vienen especialistas a estudiar los glaciares temperados (de no más de 500 años de formación) y bautizan con el nombre de Upsala a ese brazo del glaciar. Existen fotografías tomadas por los suecos (1908) y por el Padre d'Agostinis (1931), incansable explorador de la Patagonia, donde se puede comparar el retroceso del glaciar desde



Navegar entre los témpanos, toda una aventura.



Glaciar Upsala - 1931



Glaciar Upsala - 2006



hace más de un siglo a la fecha, mediante fotografías tomadas desde el mismo enclave. Hace 18/20.000 años, en el pico máximo de la última glaciación, la lengua glaciar que se originaba en la Cordillera se extendía a lo largo del hoy Lago Argentino y río Santa Cruz hasta el actual paraje de Cóndor Cliff, 100 km más al este del presente límite oriental del lago. Esto nos resulta increíble y difícil de imaginar. Avanzamos lentamente en medio de un improvisado sendero rocoso, que se abre paso entre añosos bosques de lengas y ñires, que se retuercen y parecen querer asomarse al fantástico balcón con vista panorámica que

se despliega a nuestro paso. Los gajos caídos pueden permanecer allí por centurias, agrisados, imperturbables, nos comenta Leo, debido a que con la baja temperatura casi no son atacados por los microorganismos que generan su descomposición. Lagos glaciarios y de origen pluvial se diferencian nítidamente por la contrastante coloración de las aguas, donde el turquesa del agua de deshielo gana todas las batallas. El aire es puro, se percibe el perfume silvestre de la vegetación, aunque ahora cada vez es más rala, dando paso a la montaña rocosa escarpada. Seguimos subiendo, la camioneta cruje por el desnivel del camino, y su rugido

se exagera en el infinito silencio del sitio. Las palabras sobran, el paisaje capta todos nuestros sentidos, donde pareciera que el hombre no hubiera estado antes allí. El rojo pardo de la roca contrasta con el fondo de la montaña nevada, descendemos y emprendemos una caminata hacia el mirador del glaciar atravesando un cañadón rocoso. Atravesamos las morenas de roca disgregada por el paso del glaciar, que talla un surco en la montaña dejando un sello inconfundible en su retroceso. El brillo de la piedra lisa y pulida del faldeo nos deslumbra, parece seccionada con un cuchillo por lo perfecto de la talla en medio de un paisaje extre-



madamente escarpado. Se pueden apreciar increíble y nítidamente las distintas coloraciones de las capas geológicas de la montaña. La curiosidad creo que es el principal motor de nuestra voluntad. Aceleramos el paso, atravesando un intrigante sendero de otro tiempo. En el camino, antiguos fósiles marinos, ammonites y belemnitas gravadas en la piedra, nos recuerdan que en este lecho abundaron los mares durante el Cretácico y el Jurásico, antes del plegamiento de la cordillera de los Andes. Estos cefalópodos quedaron eternizados en la roca, y la historia se abre a nuestros pies desde épocas inimaginables. Finalmente, el borde de un peñasco nos deja ver el cielo nublado que se mezcla con la cordillera nevada. Seguimos trepando unos metros y se nos despliega una vista inigualable que nos deja perplejos e inmovilizados. Nos miramos, y asentimos en silencio, ya que la grandiosidad del paisaje da por tierra nuestras expectativas iniciales. Si hasta las chicas quedan mudas y sorprendidas con el descubrimiento, lo cuál no es poco. La Virgi, la más benjamina, viajaba montada sobre mis hombros y estaba a punto de dormirse sobre mi cabeza. De pronto, una sonrisa ilumina su rostro y ensaya un miraaaa! sobresaltada. Un gran lago azul profundo se despliega en nuestro camino, producto del

Disfrutando en familia.



retroceso del glaciar Upsala, y se extiende majestuoso por varios kilómetros hasta el nacimiento de los paredones de hielo. Hacia arriba, su inmensa superficie escarpada de blanco inmaculado es imponente y nos hace sentir muy insignificantes ante tan magnánimo escenario. En medio de un silencio eterno, la combinación de lago, glaciar y cordillera nevada, sustituye sobradamente a la mejor sinfonía que despierta nuestros sentidos. Digamos, vale extremadamente la pena experimentarlo, es algo único, sorprendente e irrepetible, y nos invita a viajar en nuestra imaginación a vivir épocas remotas.